

**Alberto Montiel Villacorta**

## Ensayos estéticos

### EL PROBLEMA DE LO BELLO



**E**VIDENTEMENTE, el universo (lat. *Uni-versus* “vuelto uno”), desde el punto de vista del conocimiento, hubo de convertirse en *pluriverso*. En primer lugar, por razones metodológicas. Luego, por razón del caudal del contenido, el cual ha alcanzado proporciones casi inconmensurables. No es posible —*vita brevis*— que un hombre, por genial que sea, logre alcanzar todo el conocimiento. Pero fundamentalmente, la verdad —tal como el universo— es una. Cada ciencia en particular enfoca una faceta. De ahí el concepto de Ortega y Gasset de la *Filosofía de las perspectivas*.

La tendencia a diversificar el conocimiento y especializar una perspectiva, el sentido de divergencia —conducente al pluriverso— muestra otra dirección. La convergente. Así, ya no se habla de física y de química, como de dos disciplinas diferentes e irreducibles. Se considera ya una físico-química. Del mismo modo se menciona una bio-química, y hasta una bio-química-física. Es decir, se acentúa la tendencia que va del pluriverso hacia el universo.

En este orden de ideas, es instructivo el concepto que postula-

ba Heráclito de Efeso: "Todo es uno y lo mismo. Nacer es empezar a morir. Anochecer es empezar a amanecer". Y así sucesivamente, frente al incesante acontecer que ofrece el universo. De este modo llega a concebir los *contrarios* que no se identifican —como en nuestro discurrir lógico— con el principio de contradicción. Son simplemente polos de un mismo fenómeno. Extremos del mismo hecho. El más y el menos de la misma vibración. Amor y odio. Simpatía y antipatía. Flujo y reflujo. Diástole y sístole. Sombra y luz. Recuérdese que esta posición será aprovechada más tarde por Aristóteles al formular el concepto de la virtud: El justo medio entre dos opuestos o extremos. El valor, justo medio entre la temeridad y la cobardía. La economía, el justo medio entre la avaricia y la prodigalidad.

Conforme con semejante principio, que algunas escuelas filosóficas han denominado de *polaridad*, razón e intuición, inteligencia e instinto, no son nociones contradictorias. Si son los polos o los extremos de un mismo fenómeno, resultan hechos complementarios. El instinto es una especie de inteligencia elemental, inconsciente o subconsciente. La intuición, una inteligencia instintiva. En este mismo sentido, el *espíritu de finura* y el *geométrico* (Pascal), resultan complementarios y no contradictorios. Más completo, relativamente *más perfecto*, será el hombre capaz de poseer los dos aspectos, los dos modos de ver los hechos: el analítico y el sintético. El espíritu de geometría y el de finura. De ahí por qué Paul Valéry resulta poeta extraordinariamente excepcional en el movimiento artístico moderno. Reune en sí los dos aspectos, las dos maneras de encarar el universo: La razón del matemático y la intuición del artista.

Inteligencia e instinto. Espíritu de finura y espíritu de geometría. De ahí por qué es el poeta de la regularidad y del perfecto equilibrio.

Y al referirnos a la razón del matemático y a la intuición del artista, tómese en el sentido de la relatividad. Recuérdese que el gran matemático Henri Poincaré, al lado del *yo racional*, reconoce

el *yo subliminal* (intuición, inteligencia instintiva) como factor fecundo en el bucear, en el hallazgo creador.

Del mismo modo, la irreconciliable pugna entre la filosofía del ser (Parménides) y la del devenir (Heráclito), sin armisticios en la actitud rotunda e irreductible de Zenón, no sólo cesa: ambas tendencias armonizan en el ser humano, idílicamente en paz.

El ser humano *es y no es* a la vez. *Es*, porque a lo largo de toda la existencia el *yo* es siempre el mismo. Se enriquece. Se afina o se refina. Pero en su esencia, siempre es igual a sí mismo. Sin embargo, y sin contradecirse por ello, el ser humano cambia. Y ese cambio es perceptible, al menos, somáticamente. Sería interesante lograr la posibilidad de tomar sucesivas fotografías del hombre desde que nace, de sus diferentes etapas somáticas de evolución durante su desarrollo, hasta el momento en que muere. Tal como se ha hecho en biología al tomar la germinación desde el momento de humedecer la semilla hasta su conversión en planta (cámara ultrarápida). Así tendríamos —al menos desde el punto de vista físico— una visión del devenir heraclitano.

Entre el ser y el eterno fluir no hay una posición contradictoria. Son aspectos complementarios que se dan en el mismo *substratum*. Y así resulta lo que, siendo paradójico, es a la vez lógico: somos y no somos a la vez...

Y de aquí vendríamos a caer en la aparente oposición entre espacio y tiempo; entre lo estático y lo dinámico. Y de ahí pasaríamos a otras nociones que, aunque diferentes, se identifican por ser complementarias: La proporción y la desproporción. Lo regular y lo irregular. Lo simétrico y lo asimétrico. Y esto, aplicado a la estética, nos llevará —por una parte— a lo bello, lo hermoso, lo bonito; y por otra, a lo cómico, lo humorístico.

Lo bello —como ya ha quedado establecido— es la consecuencia de la proporcionalidad de dimensiones, ya sea en el espacio, ya en el tiempo. Es cuestión de simetría, de regularidad. Lo cómico es la consecuencia de la desproporción de dimensiones. Cuestión de asimetría; de irregularidad.

Bergson (*Le Rire*), al considerar lo cómico como consecuencia de "la mecanización del cuerpo humano", basado en el acto que se sale de improviso de lo habitual, mira el problema de lo cómico desde el punto de vista cualitativo. Pero si lo miramos desde el punto de vista cuantitativo (concepto matemático), lo cómico resulta de lo irregular, de la asimetría, de la desproporción. Es decir, de que el hecho se dé en el polo opuesto al en que se da lo conceptuado como bello, hermoso, o bonito. Como aplicación concreta de este aserto, evóquense las dos figuras centrales, estilizadas, del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Su comicidad resulta de la desproporción de dimensiones, de la asimetría, de la irregularidad. En un caso, de la longura al par que estrechez o delgadez del cuerpo (Don Quijote); en el otro, de la mínima estatura rechoncha (Sancho).

Sin embargo, conviene insistir en que no hay que tomar los conceptos en forma absoluta. No olvidemos que precisa siempre una ubicación dentro del principio de relatividad.

En efecto. De la desproporción, de la asimetría, de la irregularidad, de la discordancia, no sólo resulta lo cómico. También surge lo bello, lo hermoso, lo bonito. Y tal hecho confirma, una vez más, el principio heraclitano: "Todo es uno y lo mismo". A la proporción, a la simetría, a la serena normalidad armónica que muestra la figura humana en las telas de Rafael, de Rembrandt, de Miguel Angel, se contraponen ya la tendencia de la figura humana a salirse de esa normalidad, en el Greco, mediante el alargamiento de llama. Tendencia que se acentúa más aún en la pintura moderna que representa Siqueiros y Picasso.

Si allá, en la Edad de Oro, esa tendencia del Greco obedeció a un sentimiento místico, aquí la deformación —creada por sentimientos político-sociales— es elevada a la categoría superior de arte, en actitud opuesta a la de los pintores del Renacimiento y siglos subsiguientes, que perseguían el arte por el arte.

Y en música, ahí están Mozart, Haydn y Beethoven —armónicos y equilibrados—; y aún todavía Bach, a quien podemos con-

siderar el músico matemático, pues que nos ofrece verdaderas ecuaciones musicales. En ellos todo es armonía, concordancia, proporción adecuada. En cambio, obsérvese la tendencia de los músicos modernos. Ya Debussy y de Falla nos ofrecen la discordancia, la inarmonía, la desproporción, afanes que ya despuntan en Tschai-kowsky, y que se exacerban en Katchaturian, en ansias de lograr otros efectos.

Si aquéllos nos conducen a una vida interior, a pasar revista a paisajes íntimos de nuestra vida anímica, pues que su música se subjetiva, éstos —y todos los modernos— nos dan la sensación: luz, forma, color. Nos ponen en contacto con la realidad externa. Su música es objetiva. (Cfr. el notable ensayo *Musicalia* de Ortega y Gasset).

Lo mismo puede observarse en poesía. A la regularidad de versificación de otrora, sucede ahora la irregularidad. Ya Pedro Henríquez Ureña, en su documentado libro *La versificación irregular de la poesía castellana*, estudia la tendencia poética hacia la ametría. Tendencia que se ha acentuado considerablemente en la poesía moderna de los últimos tiempos, donde —al menos aparentemente— ha desaparecido la medida del verso. Tómese al azar cualquier poema de algún moderno poeta hispanoamericano, y se comprobará el hecho.

Tampoco la ciencia ha podido escapar al principio de polaridad; a este ser y no ser. Sin pretender entrar en pormenores que están fuera de lugar en esta ocasión, recuérdese que una de las ramas de la matemática —la geometría— nos ofrece esta revelación. A la tendencia euclidiana, dominante durante muchos siglos hasta los primeros años del presente, han venido a *oponerse* —como suele expresarse— las geometrías *no euclidianas* (llamadas así o porque niegan el postulado de Euclides, o porque postulan la construcción de infinidad de paralelas por un punto situado fuera de una recta), con principios diferentes a los contenidos en la primera. Y, sin embargo, aquélla sigue siendo verdadera, como verdaderas son las otras. Es

cuestión de puntos de vista. De perspectiva. De postura del pensamiento dentro de la relatividad.

Naturalmente, la regularidad, la simetría, la proporción, a la vez que la irregularidad, la asimetría, la desproporción —como conceptos matemáticos—, son objetos ideales, creados por la mentalidad humana. Diferente es la realidad que nos ofrece la naturaleza. Bravía. Aspera. Asimétrica. Desproporcionada. Sin duda, al percibir el hombre pensante la naturaleza y destacar estos atributos, surgió en su espíritu —por contraste, en virtud del principio de polaridad— el concepto opuesto: regularidad; simetría; proporción. Y como el espíritu humano se debate entre estos dos sentidos cósmicos —mora entre tierra y cielo— de ahí que surjan estas dos direcciones, concretadas en conceptos, que se manifiestan con mayor fuerza en la creación artística.

El artista refleja en la obra de arte la perspectiva que capta desde el ángulo en que se ha ubicado.

El arte, como la ciencia, como todo producto del pensamiento y de la sensibilidad humanos, tiene —necesariamente— que descansar en el principio de relatividad. De ahí la gran verdad —mirada con recelo durante mucho tiempo— del “oscuro” pensador de Efeso: Todo es uno y lo mismo...